

Nicolás Esteche, el Maldito

UNA honda lluvia había caído en el corazón del campo como una fresca platería. Mi caballo salió del bosque de pinos por encontrar el camino. Ibamos dorados de resinas y de eucaliptus. Por entre las viñas primero, y después por la suave senda de una cuchilla galopábamos hasta Playa Verde. ¡Las ánimas! ¡Betete! ¡El Tigre, y en primer término el Pan de Azúcar!...

La cadena morada de las sierras parecía que respiraba en el vapor azuloso de aquella atmosfera de espejos. La tierra se sentía tibia, carnosa y abierta. Reventaban los hondos hormigueros y las hormigas de alas transparentes nos velaban los ojos... Ya se veía la serpentina azul y blanca de la playa... Y una proa de luz en la tarde tras de la cual marchaba alerta mi caballo.

De entre los hormigueros vimos salir también somnolientas y enloquecidas arañas. El campo se abría, los senos bañados de agua y la luz se animaba en los seres vivos de la tierra profunda.

Nicolás Esteche salió también esa tarde del rancho como cueva. Salía en el momento en que llegábamos a la portera, y pude al fin verle la cara al hombre cuyas historias corren por Solís de Mataojos y Maldonado desde hace más de treinta años.

No se sabe desde cuándo vivía en aquel sanjón que llamaban la "zanja de Esteche", donde peludeaban los cochés y las carretas en el invierno. Al borde del camino, en esa tierra que no es de nadie, ahí estaba el rancho de piedra y paja de Esteche y no hubo poder judicial capaz de sacarlo, porque el viejo decía que tenía "prescripción" y que "naides" lo podía mover.

Lo que más intrigaba al vecindario eran sus misteriosos medios de vida, pues que a ratos hacía de guardia civil y otros ratos no hacía nada. Pero se sabía muy bien que sus mantenimientos los lograba de los corrales y de los potreros de las vecindades... Y hasta tenía una maña para que las gallinas no gritaran.

Pero nada ofendía tanto la moral de aquellos lugares como la organización de la familia Esteche. En el pueblo se había constatado que el viejo Nicolás era el padre de sus propios nietos. Y el incesto repetido, tuvo el mismo castigo tremendo que en la Biblia. La peste que llegó con la viruela mortal diezmó a toda aquella familia en promiscuidad y sólo el viejo fue el único sobreviviente en el drama de Dios y el hombre.

El polvo había de continuar la historia. El



polvo en donde se escondieron los huesos de sus hijas y de los hijos de él con sus hijas, era el polvo del piso del rancho, de la tierra que pisó setenta años el viejo.

Aquella tarde yo tuve valor para bajarme del caballo y asomarme adentro del rancho. Quería ver como Santo Tomás. Y vi: en un cajón hecho pedazos, entre las tablas saltadas, asomar tres calaveras blancas que miraban el techo.

Antes de preguntar oí salir la respuesta de adentro de las barbas del viejo.

—Aquí están las "sepolturas", por pobre no pude enterrarlos en el campo santo del pueblo. Aquí quedaron y yo con ellos.

Ya ni la luz quedaba de la tarde.

Un revuelo de caranchos.

Un galope largo por la costa.

Un galope que rompía el crepúsculo del cielo y de mi pecho. ¡Piríapolis! Y la costa aguda me puso un toque de frescura en la frente.

POR

BLANCA LUZ BRUM

Ilustración de Sorazábal

Un camarero de a bordo

Era un camarero filipino en un barco de carga y pasajeros que recorría América del Sur saliendo de San Francisco.

Manila está distante... Al otro lado del mar...

Su casa humilde está precisamente en Loag sobre la costa y en la frontera con Hong Kong. Las cartas de su madre y de su novia le hablan de los resplandores que vienen del lado de China en las noches ametralladas y ardorosas de los revolucionarios...

Sin embargo todo está tan lejano... Entre el ruido de los cubiertos y los hipos del capitán pasan las horas de aburrimiento mortal. Además hay tantos cuartos de baño que limpiar y tantos bronces que lustrar para la hora despótica en que el capitán pasa revista.

La llegada a los puertos no siempre es ventajosa; precipitación y más descuido por parte de los pasajeros. Algunos bajan y vuelven, otros bajan y se van... La amiguita rubia de California le ha escrito a varios puertos, es la misma que trae pintada en el tatuaje de su brazo derecho. ¡Y la de Manila! Esa es más lánguida y lejana y está cubierta de flores adentro de su corazón.

Muchacho extraño, amarillo y enjuto, con los ojos asiáticos metidos adentro de dos aberturas. Habla un mal español que nunca habla y un inglés regular en tres o cuatro palabras. Callado siempre y sin mirar. A solas con sus compañeros se le puede oír a veces cómo rápidamente estira y envuelve su nativo malayo, con una agilidad y bravura de lazo. Si alguien extraño se presenta a bordo, se hunde la conversación y el sudor de las caras amarillas corre a perderse en los delantales blancos.

Ha pasado un vapor y todos corren a mirar. Son las escasas novedades de un viaje por el mar. Y él también con sus compañeros, tropezando con el delantal se ha acercado a mirar. ¡Qué mira! ¡Qué ven sus ojos en ese barco casi borrado en el horizonte frente a esas dos chimeneas tristes? El mira... mira... Y otra vez regresa a secar los platos y a tender los mantel blancos del comedor.

Regresábamos de Pernambuco una noche roja de calor y de estrellas. Mientras llegaban con sobresalto los últimos marineros retardados, algunos cayéndose de borrachos atropellaban a la guardia. El sábado del barco llamó dos veces a la tripulación que tristes mujeres detenían en tierra y luego movió el ancla con el cadenaje ruidoso.

—¡Un camarero se ha quedado en tierra, dijo el piloto.

—¡No podemos esperar más!, gritó el terrible capitán, y la nave entró en la noche del trópico.

Supe en seguida que el abandonado en Pernambuco era el gentil muchacho filipino y me quedé atenta y angustiada vigilando las figuras que llegaban al puerto. Y ya marchábamos cuando divisé claramente la figura vestida de blanco del camarero filipino. Corría y gritaba y sus brazos se agitaban expresivos y desesperados.

No me contuve y trepé de un salto hasta la cabina del capitán:

—Capitán, detenga la marcha, el camarero nos llama desde el puerto, no debemos dejarlo!

El capitán era un danés brutal que dirigía las maniobras con truenos y blasfemias, con puñetazos y patadas. Era cornudo y borracho. No me hizo caso, yo tuve miedo y odio. Lo odié tanto que hubiera sublevado el barco para ahorcarlo.

Aquella noche encerrada en mi camarote lloré por aquel muchacho filipino, reservado y triste que los brazos de una mujer y un vaso de vino retuvieron demastado tiempo en la tierra.

